

Juan, el camino de la fe

“Padre, la hora ha llegado” (17.1-26)

Las siguientes lecciones se prestan para un servicio de adoración especial, en el cual, el sermón se predica en cinco partes, entremezcladas con cánticos y oraciones. Esta es una manera particularmente apropiada para presentar un texto que es, en sí, una oración.

Primer mensaje —¿Qué diría usted en su oración?

Lectura bíblica: Juan 17

Cántico: “Digno de alabanza”

Segundo mensaje —“Glorifica a tu Hijo”

Cántico: “Glorifica tu nombre”

Oración

Tercer mensaje —“Ruego por ellos”

Cántico “En el momento de las tribulaciones”

Cuarto mensaje —“Que todos sean uno”

Cántico: “Bendito el vínculo” (estrofas de la una a la cuatro)

La cena del Señor

Cántico: “Bendito el vínculo” (estrofas de la cinco a la seis)

Recolección de la ofrenda

Quinto mensaje —“Les he dado a conocer tu nombre” (Hacer la invitación)

Cántico: “Sí, por mí él se preocupa”

Cántico: “Me maravillo”

Oración de despedida

¿QUÉ DIRÍA USTED EN SU ORACIÓN?

Si usted se encontrara pasando por una situación

de gran estrés, ¿qué diría en su oración? Si usted supiera que mañana va a morir, ¿qué diría en su oración? Si acabara de ser lastimado por un amigo íntimo, ¿qué diría en su oración? Si sintiera que absolutamente nadie le ha entendido, ni siquiera sus propios familiares, ¿qué diría en su oración? Si estuviera a punto de ser arrestado, de ser juzgado, y luego ejecutado, ¿qué diría en su oración?

El dolor y el estrés tienen la particularidad de que nos vuelven egocentristas. Cuando nos sentimos lastimados o estamos llenos de temor, es difícil pensar en los demás. ¡Esto es en parte lo que convierte la oración de Jesús en Juan 17, en una oración excepcional! La noche antes de morir en la cruz, algún tiempo después de la última cena con sus discípulos, y antes de que fuera arrestado en el monte de los Olivos, Jesús dijo esta increíble oración. Hay personas que insisten hoy día en llamarle a ésta “La oración del Señor”,¹ dada su belleza, profundidad y poder. No deja de ser asombrosa cada vez que la leemos; en sus momentos de angustia, ¡Jesús oró por nosotros!

“GLORIFICA A TU HIJO” (17.1-5)

Jesús dio comienzo a su oración, diciendo: “Padre, la hora ha llegado” (17.1). A través de todo este evangelio, el tiempo que le corresponde a cada evento es un asunto importante. Jesús les había estado diciendo, una y otra vez, a su madre y a sus discípulos: “Mi hora no ha llegado”,² pero para la noche que se describe en este capítulo, Jesús estaba

¹ La oración modelo, la cual se encuentra en Mateo 6.9-13, es la que comúnmente se llama “La oración del Señor”.

² 2.4; 7.6, 8, 30. Más adelante él comenzó a hablar acerca de que su hora había llegado: 12.23, 27; 13.1; 16.32.

diciendo: “La hora ha llegado”. Lo más seguro es que los discípulos estuvieran confundidos acerca de cuál podía ser el significado de esto, pero usted y yo podemos entender que para Jesús significaba que era el momento de morir en la cruz.

Luego Jesús dijo las siguientes palabras en oración: “Glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti” (17.1). La gloria, tal como lo hemos visto en lecciones de otros capítulos, es comúnmente utilizada en este mundo para referirse a la ambición personal, a los logros, a la honra y a la fama. No obstante, para Jesús, el significado de “gloria” es “servicio humilde” y “sacrificio”. Él estaba orando para que el Padre dispusiera de él en toda su plenitud, aun si ello significaba tener que morir en el calvario. En esencia, lo que Jesús estaba diciendo en oración era esto: “¡Padre, ya estoy preparado para que me pongas en la cruz!”. El modo como en realidad lo dijo fue este: “Padre, glorifícame tú a mí”.

Cuando Jesús hablaba de “gloria”, él sabía de qué estaba hablando. Él recordaba la gloria que había experimentado con el Padre “antes que el mundo fuese” (17.5), y también sabía que esa gloria se realizaría nuevamente, cuando él regresara al Padre. En consecuencia, eran dos imágenes, la del cielo y la de la cruz, las que Jesús tenía en mente cuando él, en su oración dijo: “glorifica a tu Hijo”.

“RUEGO POR ELLOS” (17.6–19)

Llegado a este momento de su oración, la atención de Jesús se centró en sus discípulos. De hecho, en esta oración es más lo que se dice acerca de los discípulos, que acerca de cualquier otro tema. Aquí vemos esta maravillosa demostración de la forma como Jesús, en esta hora suya de tan grande angustia, pensó en otros, más que en sus propios problemas. Conociendo lo que estaba a punto de enfrentar, él oró por ellos.

El Padre le había dado los discípulos a Jesús durante su ministerio. Jesús le dijo al Padre en su oración, que él se los devolvía, después de haberles enseñado todo lo que el Padre había querido que aprendieran. Luego oró “por ellos” (17.9), pidiéndole al Padre que cuidara de ellos, o, como Jesús lo dijo: “guárdalos en tu nombre” (17.11). Uno de los más grandes anhelos que Jesús reflejó en esta oración, era que sus discípulos fueran “uno”. Al comienzo, el objeto de esta unidad no es claro, pero después llega a ser obvio que él desea que sus discípulos estén unidos (sean “uno”) no sólo entre sí, sino también con él y con el Padre. La “unidad” es un concepto bíblico maravilloso que tiene su raigambre en el relato sobre Adán y Eva

(Génesis 2.24), y describe la forma como los cristianos deberíamos relacionarnos entre nosotros y con nuestro Dios.

Luego, Jesús oró por los discípulos, porque él tenía que dejarlos en el mundo. En toda esta oración, vemos una fascinante relación entre sus discípulos y el mundo.

... los hombres que del mundo me diste;... (v. 6).

... éstos están en el mundo,... (v. 11).

... hablo esto en el mundo,... (v. 13).

... no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo (v. 14).

No ruego que los quites del mundo,... (v. 15).

No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo (v. 16).

Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo (v. 18).

A Jesús le preocupaban, en gran manera, sus discípulos, pues ellos se iban a quedar *en* el mundo, aunque él mismo no iba a estar *en* el mundo con ellos. Mientras ellos estuvieran *en* el mundo, ellos nos serían *del* mundo. Era por la misión que debían cumplir, que ellos estaban siendo enviados *al* mundo. La oración de Jesús acerca de la relación de ellos con el mundo, nos recuerda de la oración de Elías en 1 Reyes 19.4. Durante una época particularmente desalentadora de su ministerio, él le había pedido a Dios que le quitara su vida y lo sacara del mundo. Dios se rehusó a concederle a Elías su petición, y pronto lo tuvo trabajando en el mundo, una vez más, como profeta suyo.

La oración de Jesús por sus discípulos, describe para nosotros la relación nuestra con el mundo hoy día. Aunque estamos *en* el mundo, no somos *del* mundo. Como siervos de Dios que somos, nuestra misión consiste en ir *al* mundo con el evangelio. Nuestra relación con el mundo es cosa seria, pero Jesús en la oración que pronunció la víspera de su crucifixión, no escatima palabras para dejar bien claro este tema.

Sabiendo lo que estaba a punto de sucederle, Jesús oró por sus discípulos. ¿Qué nos dice esto acerca del corazón de Jesús? ¿Qué nos dice acerca de su preocupación por nosotros hoy día?

“QUE TODOS SEAN UNO” (17.20–24)

A partir del versículo veinte, Jesús fue más allá de su preocupación por los doce (¡que ya eran once a estas alturas!), y oró por los que habían de creer en él “por la palabra de ellos” (17.20). Parece imposible

apartarse de la palabra “creer” en el evangelio de Juan. El propósito de este evangelio es que los lectores crean (20.30–31), y ello fue una gran preocupación en el corazón de Jesús toda su vida. El número de los que creen en Jesús por la palabra de los discípulos ¡nos incluye a nosotros! En sus más acongojantes momentos, ¡Jesús oró por usted y por mí!

La oración de Jesús por nosotros era que nosotros fuéramos “uno”. Fueron cuatro veces las que Jesús oró porque nosotros fuéramos “uno”. A menudo se cree que ser “uno” significa que los cristianos “se lleven bien”, que tengan paz y no haya escandalosos pleitos. No obstante, esta unidad por la que Jesús oró incluye mucho más que eso. La verdadera unidad es lo que se demuestra en la relación entre el Padre y el Hijo (17.21). Jesús deseaba ser uno con nosotros, así como el Padre era uno con él (17.23). La unidad entre los cristianos proviene del estar unidos con el Hijo y con el Padre de un modo tan intenso y consumidor que llegamos a ser uno con todos aquellos que hagan lo mismo. Para ponerlo en palabras que a menudo se escuchan en estos días, la unidad es un “abrazo de grupo”, el cual envuelve al Padre, al Hijo, y a todo cristiano.

La unidad por la que Jesús oró, puede ilustrarse mediante las relaciones familiares. ¿Conoció usted alguna vez, una familia en la que no hubiera conflictos declarados, pero en la que sí hubiera intimidad y comunicación? En contraste con lo anterior, ¿vio usted alguna vez, una familia en la cual sus miembros disfrutaran de una gran intimidad y comunicación, pero que también batallara con desacuerdos y conflictos? ¿Qué familia hay que sea más como la iglesia? ¿Qué familia hay que sea un modelo de unidad? Sin duda que sería la familia con la mayor intimidad entre sus miembros, a pesar de sus conflictos. Ésta, creo, es la clase de relación por la que Jesús oraba que tuviéramos entre nosotros como cristianos hoy día.

Cuando nos reunimos alrededor de la mesa del Señor, celebramos la unidad que tenemos en Cristo. No hay duda de que nuestra unidad no es perfecta. Hay momentos cuando disputamos tal como una familia unida ocasionalmente lo hace. No obstante, estamos comprometidos los unos con los otros, nos amamos unos a otros, y estamos unidos en el Padre

y en el Hijo. Cuando estamos a la mesa del Señor, volvemos a la cruz. Allí nos sentimos más unidos con Jesús, más unidos con el Padre, y más unidos con nuestros hermanos y hermanas de la iglesia.

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (17.25–26)

En la conclusión de la oración de Jesús, él, una vez más, se refirió al nombre del Padre (17.25). Declaró el hecho de que el mundo no había conocido al Padre, pero que él sí lo había conocido. Luego, siguió diciendo que, a causa de su ministerio, los discípulos habían llegado a conocer que el Padre había enviado al Hijo (14.26). Tal como Jesús le había dicho anteriormente a Felipe: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (14.9). Luego, justo antes de la oración que hemos estado estudiando, los discípulos le habían dicho a Jesús: “Creemos que has salido de Dios” (16.30).

Así, el conocimiento del Padre, había sido dado por Jesús a los discípulos. La última petición que Jesús hizo fue que el amor del Padre hacia el Hijo pudiera también ser dado por Jesús a los discípulos. La extensión del evangelio del Padre al Hijo, de éste a los discípulos, y, finalmente, de éstos a todo el mundo, es algo por lo que Jesús oró la noche antes de ser crucificado. Fue una preocupación que le embargó en gran manera su corazón, y no hay duda de que ¡sigue allí en su corazón hoy día! El Hijo conocía el gozo de ser “uno” con el Padre, y él desea que todo el mundo conozca el gozo de ser “uno” con el Padre y con el Hijo. ■

Río de oración

“La oración es un
río de oro
a cuya orilla algunos
mueren de sed, a la
vez que otros se
arrodillan y beben”.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados